

Recuerdos del río Calapa

Durante el rescate arqueológico que la Dirección de Salvamento Arqueológico realizó en la carretera Cuacnopalan-Tehuacán-Oaxaca, en el lapso comprendido de octubre a diciembre de 1994, vivimos la siguiente experiencia al trabajar en la zona del río Calapa, en los límites de Puebla y Oaxaca. En la región, esta zona está considerada por las comunidades cercanas como un espacio habitado por espíritus malignos. Para los vecinos la construcción de la carretera significó el alertar a estas fuerzas, que para evitar la obra provocaron accidentes fatales, el peor de ellos la caída del puente Calapa, en la que murieron al menos doce personas; hubo otros, no tan espectaculares, aunque también con saldos fatídicos.

Cuando llegamos a la comunidad de Miahuatlán, Puebla, para instalar el campamento, nos fue difícil conseguir personal de apoyo. De cuatro que pudimos conectar, sólo dos volvieron. Los dos más jóvenes ya no lo hicieron. “Su abuelita llorando les pidió que no trabajaran con ustedes” —nos dijo Raymundo, uno de los que se habían quedado con nosotros.

Tampoco conseguíamos el apoyo de alguna señora para las labores domésticas sólo aceptó doña Martha, lo hizo por la necesidad del trabajo y “porque es la ramera del pueblo” —repetían los muchachos.

Para poder hacer el trabajo de rescate arqueológico contratamos a gente de la comunidad de Axuxco, emparentados entre ellos y cuyo líder era Zenón, un excelente conocedor de las cañadas. Otro de ellos era Víctor, su cuñado, cuya esposa trabajaba en una pequeña fonda

improvisada en el tramo, muy cerca del puente Calapa. Estaba embarazada y pronto sería madre.

La gente de Miahuatlán y mucha de la que trabajaba en el tramo comentaban que el río era muy malo, que en ella vivía el “chamuco” y que se aparecía en forma de viejito, de mujer o de niño. Fue él quien en forma de toro había embestido los cimientos del puente la noche anterior a su colapso.

En Miahuatlán nos dimos cuenta que la gente era poco hospitalaria y algo huraña. Le pregunté a doña Martha qué sucedía y me respondió que “el diablo pidió cien almas para hacer el puente, principalmente de niños, al río le gustan mucho los niños. En el pueblo pien-

san que ustedes vienen por ellos”. Nuestro principal objetivo de trabajar en el Calapa era excavar una cueva con pinturas rupestres, llamada la Cueva de los Músicos. En ella se registraron pinturas de venados, cazadores y guerreros en formaciones portando escudos, lanzas y flechas. Su color principal era el negro.

A los pocos días de empezar el trabajo, con los permisos correspondientes de las autoridades de San Luis Atolotitlán, nos dimos cuenta que entre los trabajadores había inquietud, cuchicheaban y hablaban en náhuatl. Le pregunté a Zenón qué ocurría y me respondió que la gente de Miahuatlán tenía miedo, uno de ellos había soñado que un guerrero de un intenso color negro se le aparecía y le decía que ya no quería verlo ahí. Esto lo atemorizó y entre ellos se comentaba algo sobre los “guardianes del río”, su enojo por lo de la carretera. En el tramo había el rumor de un accidente más.

Una mañana de ligera llovizna, después de comer la deliciosa carne de un pecarí que los muchachos habían “tirado” el día anterior, al llegar al pie de monte en que se encuentra la cueva, los muchachos nos advirtieron de no subir, habían visto improvisadas banderas rojas y que las cribas no se veían. “¡Aquí eso es amenaza de muerte, no hay que ir!” —apuró Zenón—. Sin embargo decidimos subir para saber qué ocurría, no sin cierto temor.

Al llegar observamos que la retícula había sido arrancada, las cribas desbarrancadas, un pozo de saqueo a mitad de la cueva y amenazas escritas en las paredes de la cueva en caso de que siguiéramos en el lugar.

En la tarde fuimos a San Luis Atolotitlán para denunciar lo ocurrido y las autoridades municipales nos comentaron que era cosa de los ejidatarios, que al día siguiente estarían en el lugar de los hechos.

Después de entrevistarnos en la cueva con las autoridades del ejido y mientras hacían su respectiva investigación, se suspendió el trabajo hasta que se aclararan los hechos y valoraran revalidar nuestro permiso.

Mientras, hicimos breves recorridos por las cañadas y los alrededores del puente. Un día, sobre un pequeño montículo les hablaba a los muchachos sobre la importancia de los vestigios arqueológicos, en suma, del pasado. Todos

escuchaban y preguntaban. Sólo Zenón permaneció serio. El “jefe”, como le llamamos, parecía indiferente al tiempo.

Dos semanas después recibimos la autorización para continuar con los trabajos en la cueva; había disminu-

do la cuadrilla de trabajadores y el tiempo de nuestra permanencia en el tramo era mínimo, por lo que hubo que implementar un cambio esencial en las estrategias de excavación.

Una mañana, al llegar al cauce del río, observamos las huellas de un accidente que había ocurrido el día anterior, en el que el operador de una revoladora había muerto. Cosa rara, ese día faltó Zenón.

Al día siguiente, Zenón buscó un pretexto para apartarme del grupo, le pregunté por qué había faltado. “Se murió mi concuño —me respondió—, él manejaba la revoladora, era su primera semana y todavía ni cobraba.”

“Pues qué mala suerte” —respondí—. Entre serio y preocupado, Zenón me dijo: “De eso te quiero hablar, ya son muchas coincidencias: los sueños de Raymundo, lo de la cueva, los de San Luis, mi concuño y ¡el toro! Los muchachos ya quieren acabar. Llevamos mucho

tiempo aquí y ni siquiera nos hemos hecho una limpia.”

—Ya mero acabamos, “jefe” —le dije— aguanten una semana.

Días después, al llegar a nuestro punto de reunión, Zenón se adelantó al grupo y me comentó que su hermana se había puesto grave, que Víctor la llevó a Tehuacán pero que no la atendieron, la llevaron a Puebla. “Creo que mi hermana se va a morir —me dijo— dame permiso de ir al pueblo para llevar la noticia.” Cuando se fue, el único comentario entre los muchachos fue un reproche: “Víctor tuvo la culpa por traer a su esposa a trabajar cerca del río, no se limpiaron y ahora el río se llevó al niño y a su mamá.”

—Qué pasa si nosotros no nos “limpiamos” —les pregunté.

—El río nos jala, se lleva parte de nuestras almas, soñaremos con él y tendremos un recuerdo —me respondieron.

Víctor no regresó a trabajar más. Ya a punto de terminar pensaba obtener una prórroga para permanecer un tiempo más en la cueva; al comentarles esto, ninguno contestó. Era el momento de buscar otro frente de excavación.

En la noche previa al día en que me despediría de los muchachos, tuve insomnio, ilustrado con recuerdos recientes: el puente, el toro, los niños y el diablo. Todo se confabuló y me dio mil vueltas en la cabeza. ¡Qué fatal coincidencia ha ocurrido!

Nos vimos cerca del camino que conduce a Axuxco. Zenón fue el último al que le di su sobre y al que le tendí la mano para despedirme.

—Sólo quiero decirte —me dijo— que me di cuenta de tu preocupación por el pasado. No sé por qué, si todo en la vida será parte del pasado. Todo el tiempo que viene se irá. A final de cuentas todo será un recuerdo. Lo importante es hacer bien para que el mañana sea un buen recuerdo. Ya no te preocupes más, Delfino.

Al estrecharme la mano, apretó fuerte y me dijo dos veces una frase en náhuatl que sólo más tarde comprendí, gracias a Raymundo.

—Hasta más ver, Delfino “xilihuitli tiquilnamiquizque moxtla”.

Los vi partir en silencio, ninguno volteó más. Se perdieron en el camino de tierra, piedras y cactus que conduce a San José Axuxco.

Tiempo después volví a la cueva, llevé a unos periodistas interesados en ella. Al bajar sentí la nostalgia de volver de la jornada con los muchachos, de bajar corriendo como lo hacíamos los últimos días. Lo intenté de nuevo y fue terrible, me caí entre los cactus, las espinas las sacó un médico con un bisturí. Mi cuerpo quedó con un “recuerdo”, he soñado con las riberas del Calapa, supe del accidente en el que murieron varios obreros en uno de los tramos; de igual manera, me enteré del saqueo de pinturas del interior de la cueva. Tal vez fue cierto que nos hizo falta hacernos una “limpia”, pero ya habrá oportunidad para ello. Ahora todo es también un recuerdo, y sé que vendrán más, porque como me dijo Zenón en su última frase de despedida “los años, los años son para el mañana”.

DELFINO PÉREZ BIAS
Dirección de Salvamento Arqueológico